

## PRÓLOGO

**A**migo lector,

Si me lo permites, quisiera contarte una historia extraordinaria. Se trata de mi historia, pero también y, sobre todo, de la historia de mi hija Lucía, su auténtica protagonista.

Padre. Papá. Papi. Una palabra hermosa, si lo piensas. Has de reconocer que fonéticamente suena bien; despierta ternura, confianza, respeto... y no es nada extraño, si pensamos que está inventada a propósito para ello.

Pero es algo más. Mucho más. Ser padre, papá, es algo profundo y misterioso, imposible de comprender en su plenitud. A partir del momento en que te conviertes en padre, son muchas las cosas que cambian en tu vida. Desde un punto de vista puramente pragmático, significa que va a surgir un nuevo ser humano que dependerá por entero de ti a nivel económico y emocional. Vas a ser el máximo responsable de lo que le ocurra, de cómo transcurra su vida, de las decisiones que tome, de su felicidad en fin.

Al mismo tiempo, se te brinda la oportunidad de moldear a una persona, de «crear» un nuevo ciudadano. Es como si te entregaran un libro en blanco, para que tú escribas en él una historia nueva, a tu gusto... Impresiona, ¿verdad?

A cambio, recibirás un espléndido regalo. Algo que no te puede ocurrir de ninguna otra forma, que yo conozca al menos: de pronto, dejas de ser el centro de tu universo personal, y ese lugar es ahora ocupado por otro ser. Y no pienses que eso ya te había sucedido antes, cuando conociste a tu mujer o a tu marido. No es cierto. No dudo de que ames sinceramen-

te a tu pareja, pero piénsalo con detenimiento. En el fondo, hasta ahora, tú seguías siendo lo más importante para ti...

Sin embargo, cuando te conviertes en padre, cuando contemplas por vez primera el cuerpecito indefenso de tu hijo recién nacido, tu mundo se vuelve boca abajo de golpe. Ahora es esa personita en miniatura la que ocupa el centro de tu vida. Todo lo que piensas, planificas o deseas lo haces en función de ella, y para ella. Y tu vida parece adquirir un nuevo sentido, uno hermoso y profundo que hasta ese momento no eras capaz de percibir.

Esto también puede apabullar en un principio, pero tranquilo... Al final todo resulta más sencillo de lo que parece.

Una advertencia. No esperes encontrar entre estas páginas una guía científica sobre cómo se debe educar a un hijo. Lo que viene a continuación es, sin embargo, un relato realista, pero narrado siempre desde el optimismo y el sentido del humor, de los sucesos más relevantes que ocurrieron en mi vida a partir del día en que supe que iba a convertirme en padre. El tema central del libro, sin embargo, no soy yo: es Lucía, mi hija. Ella es la que protagoniza, casi desde el principio esta historia. Sé que algunas cosas te sorprenderán, si no eres padre (o madre) aún, y quizá otras muchas te harán reír. Y aunque reconozco que me lo he pasado muy bien escribiendo cada una de estas peripecias, he de confesar que me he reído mucho más después, al recordarlas.

Por cierto, ahora que estamos hablando de eso, creo que para que comprendas mejor la estructura de este libro, debo comentarte algo sobre su intrahistoria, que resulta en sí misma, bastante curiosa. Nunca existió la intención de escribir un libro sobre las aventuras de Lucía y su novato padre. En realidad, todo comenzó como una especie de broma, en una conocida red social...

Un buen día, tras haber sufrido una de las tropelías de mi niña, decidí comentarlo en mi perfil de Facebook. Tuvo tanto éxito esta primera desventura que continué con la rutina de comunicar al mundo lo bien que se lo pasaba Lucía desesperando a su inocente papá. Este ritual se prolongó a lo largo

de varios años, durante los cuales proseguí con la narración de las peripecias de mi traviesa hija, siempre alentado por los entusiastas seguidores de Lucía, que ganaba adeptos en cada historia. Así que, finalmente, y no sin pocas presiones por parte de sus enfervorecidos «fans» decidí darle forma e intentar publicarlo. Y este es el resultado.

Te aseguro que no he inventado nada de lo que hace o dice Lucía en este relato. Como se suele decir, la realidad supera a la ficción, y por otro lado, me resultaría imposible concebir nada parecido. Por desgracia, mi imaginación no es tan fértil.

Sin embargo, debo reconocer que no todo ocurrió en el contexto en que aquí se narra. He alterado algunos lugares y momentos, para facilitar su comprensión y hacer la lectura más amena. También he introducido algunos cambios respecto a mi vida personal y laboral, con el fin de salvaguardar nuestra intimidad hasta donde es posible, así como la de otras personas que hayan podido verse relacionadas con los episodios que aquí se cuentan. Por poner un ejemplo, la figura de mi jefe y de mis compañeros de trabajo, son totalmente ficticias. Ninguno de los nombres de personas que aparecen, salvo el de mi hija Lucía, son reales.

Quisiera disculparme de antemano por mi estilo literario. Hay quien dice que a veces me expreso de forma demasiado sarcástica, y que abuso de la ironía en el lenguaje. Es algo que quizá forma parte de mi personalidad, y se me hace muy difícil desprenderme de este rasgo al escribir. Es probable que se me haya colado algo de esto en la redacción de esta historia. Aunque he tratado de evitarlo, te pido disculpas si en ocasiones me muestro demasiado ácido.

Por último, espero, amigo lector, que te diviertas tanto leyendo este libro, como yo al escribirlo.

Nos vemos enseguida.

El Autor



PRIMERA PARTE

TOCANDO EL CIELO  
CON LAS MANOS...  
Y EL SUELO CON LOS PIES



## UNA BUENA NUEVA

—**N**ene, no estoy segura, pero es posible que me haya quedado embarazada...

Así, sin anestesia ni nada, me soltó mi esposa semejante bomba. A pesar de que llevábamos buscando un bebé hacía ya algunos meses, confieso que la noticia me cogió desprevenido. No pude evitar, muy a mi pesar, que un incómodo estremecimiento me recorriera el espinazo.

—¿Te pasa algo? ¿Hay algún problema? —preguntó, algo amoscada.

—Nada, cariño... qué bien, ¿no? —me apresuré a contestar—. Imagino que te habrás hecho ya el test de la orina, ¿no?

—Sí, y es un *positivazo* —replicó, desafiante.

Mi alarma inicial se elevó exponencialmente. Y no lo entendía, maldita sea. Aunque mi deseo de ser padre era sincero, ahora que se aproximaba la materialización de este anhelo, me sentía abrumado. En mi mente se estaba produciendo en ese momento una colisión de emociones contradictorias, algunas de ellas bastante molestas: alegría, sorpresa, incertidumbre, preocupación...

—Muy bien, cariño —le dije, tratando de aparentar serenidad y una moderada alegría—. Seguro que tienes razón. De todas formas, creo que no estaría de más confirmar los resultados con un análisis de sangre...

—¡No es necesario! ¡Esta vez estoy segura! —replicó ella, entusiasmada—. Voy a llamar ahora mismo a mi familia para decírselo. Además, tenemos muchas cosas que hacer: hay que comprar la ropa, preparar la habitación...

—Cari, no quiero ser aguafiestas, ni mucho menos, pero creo que antes de precipitarnos, debemos contrastar la prueba, no vaya a ser que resulte un falso positivo, y...

—Ya estamos, tú siempre tan optimista... lo dice el *Predíctor*... Además, esta vez estoy plenamente convencida. Lo siento aquí...y aquí —me dijo llevando su mano alternativamente al vientre y al pecho, a la altura del corazón. Ante semejante afirmación, cargada de empirismo y racionalidad, cualquier reacción distinta a abrazarla y cubrirla de besos, hubiera supuesto mi perdición. Intuía que tratar de razonar con mi mujer en esas condiciones era probablemente inútil, y, con sinceridad, en esos momentos no me sentía preparado para iniciar una discusión de tal envergadura. Por tanto, sin más debate, el resto del día fue dedicado en exclusiva a comunicar la *Buena Nueva* a familia, amigos, compañeros de trabajo, vecinos, y a cualquier otro desdichado ser humano que se cruzara en nuestro camino.

En la época de nuestros padres, este tipo de noticias solía extenderse de una manera muy curiosa. Simplemente, uno se limitaba a hacer llegar la información a las «amigas de confianza»; señoras dotadas de una naturaleza especial, que les impelía a dedicarse, en exclusiva, a propagar a los cuatro vientos cualquier información que osaras confiarles. Para auxiliarlas en tan loable tarea, solían contar con una compleja red de comunicaciones, que, en cuestión de minutos, retransmitía la información sensible a todo el barrio y/o pueblo. Afortunadamente, hoy día, el mundo global en que vivimos ha dado al traste con esta ocupación, lo que está provocando la extinción progresiva de estos curiosos personajes. A modo de compensación, proliferan en cambio, multitud de populares programas de televisión, respaldados normalmente por grandes audiencias, que suplen con eficiencia esta compulsiva necesidad de conocer y transmitir chismes.

Actualmente, Internet, gracias a recursos como Whatsapp, Facebook o Twitter, es la que permite seguir llevando a cabo esta importante función social. Basta con que dejes una notita en Whatsapp, por ejemplo, diciendo: «mi marido lo ha



conseguido. Estoy embarazada por fin...», para que en el acto se inicie un infalible proceso de transmisión de información, que llevará la feliz noticia a miles de hogares. En pocos minutos, hasta el ex de tu cuñada sabrá que vais a ser padres. Y hasta es posible que te llegue una felicitación de alguien totalmente desconocido, a tu correo electrónico o a tu perfil de Facebook.

Una de tus primeras preocupaciones a partir de recibir la gran noticia, serán, por supuesto, las citas médicas. Programarlas en tu agenda, pasa a ser algo fundamental para mantener la armonía en tu matrimonio. Por tu bien, procura no olvidar ninguna. Da igual si se trata de una simple analítica, una revisión rutinaria con el ecógrafo, o el visionado de un vídeo sobre la dicha de ser padres. Hazte a la idea de que, a partir de ahora, estos eventos se convierten en algo prioritario en tu vida. Tu papel en ellos será bastante gris, sin embargo; estás destinado a convertirte en el acompañante silencioso de la feliz encinta, mezcla de mayordomo inglés y enfermero particular. Te limitarás a ejercer de complaciente taxista, a sostener con arrobo la mano de tu mujer durante las exploraciones, guardarle el bolso y la chaqueta, y aparentar una profunda atención a todas las explicaciones del buen doctor. Todo ello, por supuesto, en completo silencio, respetando, por encima de todo, tu papel de secundario de la «peli». Y si, por casualidad, te intentas salir del guión, planteando cualquier estúpida pregunta, probablemente ambos te dediquen una molesta mirada de conmiseración: «pero ¿qué dice éste ahora?»

Confieso, que, en mi caso, traté de adoptar al principio un papel más activo durante estas fatigosas sesiones. Sin embargo, tras recibir más de una llamada al orden, decidí amoldarme al que la sociedad se empeña en asignarnos. Y en el fondo no es tan malo. Al fin y al cabo, mantenerte en segundo plano durante todo el embarazo resulta en realidad un alivio nada desdeñable para una persona a la que aún espera un largo camino de tribulaciones.

Fuera de esto, también aprecié cambios en mi vida social y laboral. Y es que, a medida que avanza el embarazo, contem-

plas resignado como los viernes de cena y picoteo por el centro, se van transformando irremediabilmente en tranquilas tardes de mesa camilla, y café con pastas. También tu biblioteca sufrirá una invasión progresiva por revistas estilo *Mi bebé y yo*, *Ser Padres*, *Embarazo Sano*, o *Crecer*. Y, por cierto, si aún no sabes quién es el doctor Carlos González, probablemente lo averigües pronto. Hasta es posible que te genere un irracional sentimiento de antipatía y resentimiento, sin conocer de nada al buen señor. Descuida, compañero, pronto te irás acostumbrando a esta nueva vida, que, por si no te has dado cuenta ya, ha dado un giro completo e irreversible.

Pero... ¿y en el trabajo? Probablemente notarás que ahora le caes bien a mucha más gente que antes. El jefe te saluda dos o tres veces al día, y los compañeros, no dejan de darte palmaditas e invitarte a café. De improviso, aparecen nuevos temas de conversación, hasta entonces inéditos, como la marcha escolar de sus hijos, las excursiones del cole o el precio de los libros de texto. Descubres asombrado, que el compañero que hasta entonces parecía entender únicamente de deportes, o que solía hablar de cuestiones tan trascendentales como el tamaño de los senos de su vecina, te aborda ahora con otros temas muy diferentes, lo que te hace contemplarlo bajo un nuevo ángulo... «¿de dónde ha salido este tío? ¿Dónde está el perverso que se tomaba el café conmigo todas las mañanas?», puedes llegar a pensar.

Hasta las chicas se acercan a ti, confiadas. Parece que el hecho de saber que vas a ser padre en breve te ha convertido en alguien inofensivo, inocuo para el sexo opuesto. Tu estado de hombre casado no era suficiente para ellas. Es definitivamente, tu futura paternidad, la que te castra del todo para el resto de la sociedad femenina. Nos ven ahora bajo un prisma de ternura que antes no existía. Y levantan todas sus defensas, hablando sin remilgos, en tu presencia, de los temas más variopintos, como puede ser la fecha de su próxima regla, o la decisión de hacerse la depilación brasileña este verano.

Sí, es cierto, cambiaron muchas cosas en mi vida a partir del momento en que supe que iba a ser padre. Algunas

a peor, lo reconozco. Sin embargo, como iréis descubriendo poco a poco, la mayoría de los cambios fueron positivos. O eso creo. Mi perspectiva, el modo a través del cual interpretaba el mundo, la realidad o las cosas que me ocurrían a diario, se transformó increíblemente.

Si me lo permitís, trataré de mostrároslo.